

zas de negación, de destrucción, de caos; obligar a mostrarse a esos demonios del pasado, cuya influencia persiste en las regiones turbias y oscuras de nuestra sensibilidad y de nuestra voluntad.

La obra de Mann tiende toda a este humanismo nuevo, de carácter positivo, que salvará los materiales de construcción del caos actual; y hará servir las fuerzas ciegas descubiertas para encauzar la humanidad hacia una actividad civilizadora fecunda. Y el arte, puesto al servicio de estas ideas, ya no podrá ser tildado de derrotista ante los problemas actuales.

Esta es, en síntesis, la interpretación que da Spenlé a la posición espiritual del gran novelista alemán, cuya última obra «La montaña mágica» no hace mucho vertida a otros idiomas, entre ellos al español, ha sido considerada como el libro de mayor calidad literaria y humana aparecido en los últimos tiempos.—
CARLOS ACUÑA.

LA OBRA DE GENARO ESTRADA

EL nombre de Genaro Estrada debe figurar en la lista de literatos mexicanos que comienza con Manuel Gutiérrez Nájera y termina con Castro Leal y Jaime Torres Bodet. Sin embargo, a causa de la propia virtud de su personalidad, que no se presta a entusiasmos pueriles ni a audaces clarinadas sensacionales, su nombre, como el de González Martínez, se ha mantenido en un silencio noble. A la inversa de la gran mayoría de escritores americanos, se inicia su obra con su hoy famosa antología *Poetas Nuevos de México*, en que nos presenta en forma admirable la producción lírica de su patria. Después de cinco años de silencio, aparece su libro de fantasías mexicanas *Visionario de la Nueva España*, cuatro años después su *Bibliografía de Amado Nervo*, un año más tarde su novela *Pero Galín* y, por último, en los días que corren, su libro de poemas *Crucero*.

Poetas Nuevos de México es la primera antología americana digna de tal nombre. Hasta entonces, estábamos acostumbrados a los indigestos parnasos con que periódicamente nos regalaba la casa «Maucci» de Barcelona, parnasos en los cuales, en arbitraria compañía, figuraban poetas excelentes al lado de destestables rimadores. Conocedor profundo de la literatura francesa, Estrada reproduce exactamente en su obra el plan de Ad. Van Bever y Paul Leautaud en su libro *Poetes d'Aujourd'hui*.

Se limita así a lo puramente contemporáneo (desde Justo Sierra hasta Jesús Villalpando) y nos da sobre los poetas, interesantes notas biográficas, críticas y bibliográficas. Después de la publicación de *Poetas Nuevos de México* otros escritores mexicanos han preparado diversas antologías, pero ninguna ha llegado a superar a la de Estrada, aunque varias siguen el mismo plan. Es de notar que hasta en otros países de América el libro de Estrada ha tenido admiradores que no han olvidado su plan al preparar antologías de sus propios poetas. En efecto, si nos fijamos en las recopilaciones publicadas últimamente por Armando Donoso en Chile, Julio Noé en Argentina y Lizaso en Cuba, veremos que todos usan métodos semejantes al del crítico mexicano.

Visionario de la Nueva España es un pequeño libro de poemas en prosa, fantasías poéticas, que diría su autor. En él se evoca la vida colonial y se establecen finas relaciones con la vida presente. El nombre de unos cuantos cuadros bastará para darnos una idea de los temas en cuestión: «La ciudad colonial», «El oidor», «El corsario», «El biombo», «Nocturno de San Jerónimo», «El altar churrigueresco», «La nao», «El espadero», «La gaceta», «El paje», «El barbero», etc., El estilo del libro es un tanto azorinesco, en tono menor y creemos que el ideal del poeta sería «escribir una novela sobre el breve tema de una miniatura del siglo XVII o del pañuelo de encajes de una vi-reina». El autor, espíritu inquieto, que hoy se mete por los laberintos de unas rancias teologías, y mañana se pasa horas enteras en la contemplación de una plaza cubierta por la pátina de los siglos, conoce a fondo la Ciudad de México, y se deleita en evocarla en los suaves crepúsculos, tiernos de claveles y de campanas melancólicas.

Pero Galín nos trae otra vez a la memoria el estilo de Azorín; estilo amable, cortado, fragmentario, de frecuentes repeticiones fraseológicas. Es una especie de novela breve, de sencillísima trama. Pero Galín, anticuario y «chacharero», personaje colonial para quien la vida siglo veinte no existe, se enamora de Lota, mujer modernísima, con pecho de «flapper» y algo de heroína cinematográfica. Galín, cuya vida se ha reducido a correr tras de antiguallas y chucherías, por los bazares y tiendas de antigüedades de la ciudad de México, se transforma a tal punto que, en pocos días puede manejar magistralmente un automóvil. Después del casamiento, Galín y Lota hacen un viaje por el suroeste de los Estados Unidos y se detienen algún tiempo en Los Angeles. En contacto con la civilización nueva y debido en parte al espíritu de su mujer, Galín ya en México,

compra una hacienda y se dedica a las labores campestres; esto es lo que llama el autor la Aurora. Como se ve, la intriga no es digna de una novela, Estrada se aprovecha de este asunto para hacer un poco de literatura colonial.

Espíritu observador y detallista, Estrada nos da exactas descripciones de los bazares mexicanos, con sus cadenas de oro, relojes, pendientes de esmeraldas, alfileres de perla, prendedores de filigrana, calabacillas, relojitos de esmalte, salseras de plata, bargueños, sofás chinos, abanicos de hueso y cuanto Dios crió.

Es interesante observar la impresión que las ciudades norteamericanas, en especial Los Angeles, dejan en el autor del libro, expresadas, claro está, por boca de Galín. Ferrocarriles, hoteles, Hollywood, restaurants, tiendas, todo encuentra comentario picante y profundo en boca del anticuario que lo mira todo con ojos coloniales, pero que paulatinamente se va dejando penetrar del nuevo ambiente.

Parece que Estrada—y en esto tiene mucho en común con Anatole France—teme el enfrentarse con problemas de valor trascendental. Al entrar en California, ante la riqueza estupenda de la tierra, Galín exclama: «México irredento».

Lota por toda respuesta le aconseja que al volver a México se dedique a levantar cosechas y a construir canales en vez de poner todo su espíritu en baratijas ¡Qué truculenta tirada no nos habría endilgado en este punto un novelista menos escépticamente fino que el señor Estrada! Sin embargo, tenuemente se insinúa en todo el libro una sana lección de patriotismo.

Crucero se titula el primer libro en verso de Genaro Estrada. La edición, con grabados de García Maroto, es elegantísima. El crucero nuevo busca rutas inexploradas hacia playas de remoto encantamiento. No siempre las encuentra y a veces se queda en alta mar, roto el ímpetu, gozando del intento. De aquí que en el presente libro, junto a poemas bellísimos, notemos algunos de bastante frágil hechura, en los cuales, el poeta se enreda demasiado en los hilos de las últimas redes poéticas que nos llegan de Francia. Debemos declarar ante todo que no simpatizamos en absoluto con las modas poéticas de última hora y que a las acrobacias gráficas de los poemas modernísimos preferimos, la «Silva a la Zona Tórrida» de don Andrés Bello. Y esto es mucho. Hacemos esta afirmación para ser justos en este caso de Genaro Estrada. Pero si no aceptamos las imágenes demasiado violentas ni los desmembramientos arbitrarios de estrofa y verso, en cambio, nos gusta el conceptismo sano que se observa en algunos poemas de este libro (*Crucero*). De vez en cuando el análisis

y la tortura interior nos convierten al poeta teórico en un hombre que sufre y entonces le admiramos: «(Vigilia)». Pero como la poesía no necesita ser dolor vivo ni alarido, al encontrarnos con una miniatura tan pura como «Joya» nos damos el placer de repetirla:

Entre las valvas de mis manos
 una perla, tu mano,
 rosa, con orientes azules,
 temblaba por el agua marinera.
 Oprimida con ansia propietaria
 la coloco en mi pecho, en el centro,
 corbata o alfiler, adorno siempre,
 mecida por el ritmo de mi pecho;
 o luce, rosa con oriente perla,
 flor festival en mi desierto inerte.

A pesar de todas las novedades y los juegos de colores no puede negarnos Estrada que es un admirador de nuestra fresca poesía popular y que más de una vez ha bebido en las aguas cristalinas de nuestro «Romancero».

Y estamos por decir que por estos rumbos encontrará el poeta, su camino de Damasco. Su «Queja del perdido amor», de inspiración netamente castiza, es para nosotros lo mejor del libro y digna de figurar en selecta antología.

Crucero, a pesar de cierta irregularidad de formas, es un libro de fino artista. No hallamos en él las empalagosas lamentaciones románticas de algunos modernistas ni la facilidad mecánica de versificación de que hacen gala nuestros poetas americanos. Tampoco cae en los excesos de abultada originalidad a que nos quieren acostumbrar los escritores de estos diez últimos años. Es un placer no encontrar en un libro de versos palabras como «tanque», «hélices», «avión»; «arcos voltaicos», «policromías», etc.

Hemos mencionado ya las diferentes fases de la obra de este escritor mexicano; nos queda por señalar su amplia y profunda cultura que le hace andar como en propia casa por las literaturas inglesa, norteamericana, francesa, e italiana. Como crítico ocupa, al lado de Alfonso Reyes, el lugar más alto en las letras de su patria; como evocador de motivos coloniales es único (a menos que Julio Torri siga cultivando en silencio tan hermoso género) y como poeta busca su camino entre la serenidad profunda de González Martínez y el radicalismo estético de López Velarde y de Tablada.—ARTURO TORRES RIOSCO.

(University of California) 1931.